

ración á un gobierno revolucionario, en el cual aparecía como poder legislativo la secta jacobina y como poder ejecutivo aparecían estas juntas de barrio. Para mejor comprender su acción, importa decir cómo hay secciones que corren al Congreso pidiendo la deposición del monarca y secciones que se creen suficientemente autorizadas por el voto municipal para deponerlo sin atender para caso ninguno el poder legislativo. En los últimos días del Congreso pasa una escena, la cual muestra lo que significaba y lo que podían las secciones en aquel supremo instante. Llama desde la barra el interés de los legisladores la sección de Granvilliers. Treinta mil ciudadanos lo componen, según sus comisionados reunidos en la barra. Y estos treinta mil ciudadanos acaban de votar la deposición del Rey, enviando sus comisionados para que notifiquen al Congreso este acto de su soberanía. Aunque la comisión entiende que no puede aplicarse pena ninguna, sino en una sentencia firme, dada, después de oído el tribunal de acusación, por un jurado legítimo, según su patriotismo, cree que este jurado se halla en el Cuerpo legislativo, y lo conjura con el fin de que juzgue y condene. «Podéis, decían, legisladores, salvar la patria, pero si os negáis, será preciso que los ciudadanos la salvemos.» Esta horrible amenaza provoca una protesta de los diputados monárquicos, tanto más justificada cuanto que pasan los seccionistas con arrogancia y desparpajo ante la Cámara, después de haberla sin escrúpulo amenazado. Así grita Girardin desde la tribuna. «Pido se impriman esas palabras, que acabáis de oír y se manden á los ochenta y tres departamentos. Conviene sepan los comitentes nuestros cómo un barrio de París permite al Congreso de la nación salvar la patria con arreglo á las preferencias y á los gustos de una parte mínima del pueblo. Es indispensable ó que recabemos nuestra soberanía, ó que caigamos al pie de los facciosos.» El toque de rebato se oía ya en los espacios de la Cámara cuando se apercebían á lanzarlo con sus lenguas de bronce los campanarios de París.



CAPÍTULO DÉCIMO-NONO

Regias luctuosas lecturas

CONFORME la catástrofe se aproximaba en aquellos días, Antonieta y Luis en sí mismos se recogían, meditando unas veces acerca de su triste situación y otras veces leyendo históricos, y por históricos, reveladores ejemplos. El Rey acababa de arreglar sus cuentas con la conciencia, por el único medio de que disponía su alma sinceramente católica, por una confesión general de sus culpas, sin recordar cómo la mayor entre todas consistía en carecer de ánimo fuerte para conservarse un Rey al modo antiguo, y de abierto espíritu, en el opuesto caso, en el caso de una transacción, para sin escrúpulo y sin tardanza recibir la visita del ideal progresivo y aceptar el imperio de una democracia inevitable. Cuando la casa de los Estuardos se deshiciera en Inglaterra bajo los golpes de aquellos dos titanes llamados Cromwell y Orange, la mayor parte de los cuadros, reunidos por el poder y el gusto de una dinastía tan excelsa, pasaron, ó bien al Palacio del Buen Retiro en Madrid, ó bien al Palacio de las Tullerías en París. Una gran parte de los maravillosos cuadros reunidos en este Museo nuestro del Prado se adquirieron así, comprándolos en la subasta del mobiliario de los Estuardos, y comprándolos para Monarca tan artista como Felipe IV, embajador tan excelso y tan glorioso como Rubens. Nosotros, los españoles, adquirimos por este medio el cuadro de Van-Dick representando al infeliz descabezado Carlos Estuardo, caballero sobre fuerte cabalgadura inglesa, vestido en traje medio guerrero y medio cortesano, con el encendido rostro muy embargado por graves pensamien-

tos, errando la mirada, muy azul é incierta, mirada consonante con rubia cabellera lacia como de muerto, en el nublado cielo, como personificación de las desesperaciones connaturales al visible cuadro de su deposición y de su patíbulo, vistos, en una exacta y grande anticipación de lo porvenir, á que solemos llamar previsiones cuando nos las granjea nuestra inteligencia y presentimientos cuando son el corazón y sus latidos quienes las dictan y sugieren. Pues otro cuadro de mayores dimensiones, al cual heme varias veces referido en el curso de esta obra mía, también de Van-Dick, y representando también á Carlos I, dió, tras aquel naufragio de un Estado, en playas francesas, y aumentó los tesoros artísticos de las Tullerías. Luis XVI lo encontró allí desde su niñez y lo miró á la continua en cuanto se obscurecieron los cielos de la vida suya, y resonaron dentro de su alma los golpes del destino. Hoy aun puede observarse tal obra de arte y de historia en la magnífica rotonda del Louvre, donde parece al menos preocupado y supersticioso, que lleva fijas tal cuadro las miradas del pobre Rey, á quien perdieron destinos tan adversos como su propio destino, faltas y errores tan graves como sus propias faltas y errores. Ignoro si Antonieta contemplaba por su parte algún retrato de María Estuardo; pero á ciencia cierta sé que leía su vida y la leía con sumo cuidado en estas horas angustiosas de la crisis suprema que debía concluir estrellándola contra las tablas de un cadalso. Plutarco no se contentó con referirnos la vida de los personajes célebres cercanos á su tiempo, las completó con vidas pasadas de personajes aparecidos siglos antes del protagonista de sus relatos, mostrando así cómo los mismos hechos se repiten á largas distancias, cual se repite la unidad del mundo en los cuerpos diversos, y que personalidades idénticas surgen así que lo pide y lo necesita el medio social y lo traen las circunstancias y los hechos enlazados como en una sistemática serie. Muchas veces hemos invocado el nombre de María Estuardo en presencia de María Antonieta y muchas veces hemos advertido y hecho advertir las tristezas de los sendos destinos suyos en estas dos Reinas sin ventura. Pero nunca debemos tanto insistir en esta materia de nuestra histórica relación como ahora en que Antonieta consultaba los posibles horóscopos, capaces de anunciarle su fin providencial y su patente destino. Cuando cesaba de conspirar, trabajo rara vez interrumpido por sus inquietas esperanzas é impaciencias, Antonieta solía entretenerse buscando adivinanzas reveladoras de un destino, el cual en su vida solía ocultársele por las piedades que frecuentemente suele usar Naturaleza con los desgraciados y con los enfermos. Ya una estrella solitaria y lejana; ya un rayo de luna misterioso que atravesase los árboles de su jardín y los cristales de sus ventanas llegando al pie mismo de su lecho; ya una piedra sortilégica de las que tienen los caracteres del talismán y las señales del presagio; ya voces interiores de sus intuiciones levantaban un tanto los paños del tiempo encubridores de lo porvenir y tras la roja púrpura y el blanco armiño de su fiordelisado trono entreveía las sombrías bayetas del patíbulo y la siniestra imagen del verdugo; pero lo que más absorbía su ánimo era la

pasión y muerte de María Estuardo, en las cuales veía rasgos de su propia hermosa fisonomía y anuncios de su propio triste destino. Lecturas y más lecturas de las dos vidas que pasaron y de las dos muertes que tuvieron aquellos descabezados embargaban el ánimo de los dos Reyes vivos, atormentados como ellos, aprendiendo cada uno de sus respectivas biografías lo más consonante con sus respectivos caracteres; y así Luis XVI gustaba del descabezado Carlos I por el amor que mostrara éste á su religión y á su trono, cual gustaba la gentil austriaca de María Estuardo por su orgullo, por su entereza, por sus luchas con el destino dentro de su misma cárcel, por el implacable desdén que opuso desde las alturas del cadalso, como si estuviera en las alturas del trono, á sus perseguidores y á sus verdugos. Nada tan dramático é interesante como la preparación que Antonieta tomaba con éste fuerte pasto de las lecturas viriles para combatir y perseverar en el combate, porque para ella no se había escrito esa conformidad con el destino connatural á su paciente mártir esposo; pues se creía é imaginaba capaz de subir al cielo, y arrancando de allí su estrella infausta, sustituirla con otra fausta y propicia, forjada en la fragua de su corazón, rehecha y redorada por el esplendoroso brillo de sus altivas ideas, en las cuales se aumentaba su peleador coraje y con el coraje también sus retadoras arrogancias. Así ya examinaba un episodio de la vida de María, ya otro, todos ellos de un interés trágico igual y de una grande aplicación á su política y á su historia. Sigamos á la Reina de Francia en sus lecturas sobre la Reina de Escocia, lecturas, que dan la clave de muchos misterios y la explicación de muchos acontecimientos.

¡Cuán diversas para María Estuardo Escocia y Francia! Reina joven y bella, esposa de un Rey casi niño; bajo la tutela de los Guisas, que tomaban para sí los cuidados y responsabilidades del gobierno; en palacios parecidos á templos y en jardines parecidos á paraísos; entre la resurrección de las artes y con el sensualismo propio de una corte casi pagana, digna de aquel tiempo en que las bellas princesas tomaban los nombres de las divinidades antiguas; María pasaba su vida yendo de los certámenes á los torneos, de los torneos á las danzas, de las danzas á las cacerías; presa de una fiesta perpetua y constante, animada por encantador y risueño regocijo, natural en aquellas horas del Renacimiento, que, dando al indiferente olvido los problemas religiosos llenos de guerras, creía, á pesar del universal estruendo, poder tornar el género humano al reposo divino de la inspirada Grecia. En Escocia, clima duro, complexión ruda, feudalismo en armas, sectarios austeros de una revolución radical, adusto calvinismo, ningún arte, ninguna fiesta, predicadores severos divulgando una moral estoica, firme aristocracia exigiendo unos privilegios avasalladores de la monarquía, resistencias invencibles del viejo culto, aspiraciones incontrastables del nuevo, las guerras religiosas en los ánimos, las guerras civiles en las costumbres; terribles y nefastas sombras, en las cuales iba, como á extinguirse, á guisa de fugaz aerolito, aquella poética Reina cantada por la inspiración de los poetas, embe-

llecida por una corte voluptuosa, y señalada, en las inapelables sentencias del hado, así que pisó el reino patrimonial de sus abuelos, con la indeleble marca de tan adversos destinos. A cada paso una dificultad. ¿Reconocía la nueva fe? Pues enajenaba el concurso de sus más fieles vasallos, los antiguos católicos. ¿Sostenía la vieja fe católica? Pues sublevaba sectarios tanto más terribles cuanto más supersticiosos en sus creencias y más estóicos en su proceder y en su conducta. Su propio casamiento encerraba problemas políticos de importancia excepcional. Si elegía un escocés, ¿dónde hallarlo de su estirpe y de su sangre? Si escogía un extranjero, ¿cómo impedir las grandes complicaciones europeas? ¿Era católico? Pues despertaba las supersticiones protestantes. ¿Era protestante? Pues promovía la discordia religiosa en el regio palacio y en la real familia. No menos grave la cuestión política. Ir á los nobles, equivalía en el fondo á romper y anular la Monarquía; tenerlos divididos, equivalía en el fondo á establecer por todo régimen la guerra civil permanente. Necesitaba contra todos estos peligros, para superarlos y vencerlos, una consumada prudencia, cuando adolecía de inexperta; una grande circunspección, cuando adolecía de ligera; una destreza increíble, cuando adolecía de torpe; como que brillaba por un claro ingenio, á la verdad no acompañado de seguro juicio. Nerviosa de compleción, exaltada en sus pasiones, móvil en sus sentimientos; con harta imaginación para idear toda clase de proyectos y con poca firmeza de voluntad para cumplirlos; entregada lo mismo á las ideas que á las personas de su predilección sin reservas; tan fácil á los apasionamientos más fervorosos del amor como á las ingratitudes más glaciales de olvido; María Estuardo era una bellísima mujer de corte y de mundo, cuando necesitaba ser un perfecto y acabado estadista en las numerosas complicaciones de la encendida Escocia y bajo la pesadumbre abrumadora de su heredada dignidad.

Lo primero que debía recabar en las angustias extremas de aquel extraordinario estado social de su agitada Escocia, era su propia libertad de conciencia, y el ejercicio privado y doméstico de su culto, á todo lo cual se oponía con oposición extrema el rudo victorioso calvanismo. En Francia y su corte adquirió María Estuardo esa devoción extrema, que, por maquinal, no deja de tener grandes favores intensos y mucho arraigo en el alma, sobre todo para quien cree hallar en ella excusa fácil á ciertas ligerezas y desagravio pronto á la divina justicia. A la verdad no podía vivir sin la misa diaria, y la confesión y la comunión pascuales, y los ritos de una Iglesia, en cuyo regazo naciera su alma y reposara siempre su conciencia; mientras los primates de su reino, los directores del espíritu escocés en aquella sazón, los apóstoles de la nueva fe, tomaban las antiguas ceremonias eclesiásticas y piadosas como los primeros cristianos tomaran los sacrificios y holocaustos del viejo paganismo. Cuando vemos la casta Venus de Milo en su hermosura perfecta y en su divina serenidad; los bajo-relieves de mármol penthélico esculpidos por los cincos de Fidias; aquellas trípodas, sobre las cuales ardía, como una idea pura, la suave

lámpara por aceite olorosa avivada, no podemos comprender cómo tantas armonías del arte antiguo y tantos símbolos de una religión tan poética, inspiración eterna de ideales fijos ya en la conciencia y en la historia pudieran parecer abominaciones del infierno y hechuras del demonio á los primitivos cristianos en el ardor de su fe. Pues un estado íntimo de conciencia y en su fondo análogo al estado de las primitivas familias cristianas, explica ese para nosotros inexplicable horror de los calvinistas á la misa. Mientras en sus majestuosas ceremonias, en sus solemnes kiries, en sus aleluyas jubilosísimas, en sus consagraciones santas, en el cáliz áureo con la inmaculada hostia levantado al cielo entre nubes de incienso y acentos del órgano, vemos nosotros una comunicación directa del hombre con su Dios; y plegadas las manos, extáticos los ojos, puestas las rodillas en el suelo, sentimos deliquios místicos, cual si el calor de la increada luz por nuestra sangre toda se difundiese; los calvinistas sólo sienten y sólo reconocen, á virtud de sus creencias, allí, las abominaciones de una idolatría semejante á la materialista y carnal de los antiguos paganos. El jefe de todos ellos en Escocia, hombre de convicciones tan profundas y de natural tan austero como Calvino mismo, decía preferir una irrupción de cien mil hombres en su pueblo á la celebración de una sola misa. Así el primer domingo en que María Estuardo acudió al santo sacrificio, no pudo acabarse del todo éste sin perturbaciones y escándalos, para cuyo apaciguamiento y remedio acudieron hombres de armas á las puertas de su Real capilla; y cuando entró á tomar posesión de la capitalidad antigua, por burgueses y nobles circuida, entre una corte numerosa, con una pompa, extraordinaria para la natural austeridad de la calvinista Edimburgo; bajo dosel de terciopelo morado; los niños le presentaban la Biblia y los Salmos; las mujeres le decían cómo Dios castigaba cruelmente á los idólatras, y representaciones irreverentísimas, celebradas como nuestros Autos Sacramentales, en las esquinas y sobre los tablados, vejaban el dogma católico, presentándolo en caricaturas grotescas y deformes, como un absurdo y materialista paganismo. ¡Pobre Reina, privada en el trono de lo primero que posee la última de las mujeres en la choza, privada en el trono de la disposición de su conciencia. Knox, el verdadero Calvino de la encendida Escocia, se presentó en Palacio, y habló á María como pudieran hablar los profetas antiguos de Sión á las reinas idólatras de Tiro, de Babilonia y de Nínive. Sin deducir el exaltado creyente de su propia fé la intensa fé de los demás, habló en frases descomedidas é irreverentes de la Iglesia católica y sus ministros, comparándolos con las ciudades malditas del Apocalipsis llenas de ídolos, y mezcló á las teorías protestantes, en boga entonces, las máximas republicanas peculiares al dogma calvinista nacido y desarrollado en Ginebra. Tales sucesos, con su trascendental sentido, mostraron á la Reina todo el poder de la nueva fe, y movieronla con soberano impulso á deploradas pero necesarias transacciones. Reconoció en la teoría calvinista el dogma oficial de aquel su Estado; asumió los bienes de la Iglesia católica